"Lectura indispensable para personas enfrentando el cáncer"
Diane M. Komp, M.D.
Yale University
un encuentro entre
Dios y el cáncer
Historias verídicas de esperanza y sanidad
Lynn Eib

Un encuentro entre Dios y el cáncer

un encuentro entre Dios y el cáncer

Historias verídicas de esperanza y sanidad

Lynn Eib

Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Un encuentro entre Dios y el cáncer: Historias verídicas de esperanza y sanidad

© 2012 por Lynn Eib. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2002 como *When God and Cancer Meet: True Stories of Hope and Healing* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-0-8423-7015-8.

Fotografías de la portada © 2001 por Brian MacDonald. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora tomada por Ken Myers Photography © 2011. Todos los derechos reservados.

Diseño: Kelly Bennema

Edición del inglés: Lisa A. Jackson

Traducción al español: Raquel Monsalve

Edición del español: Mafalda E. Novella

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Versículos bíblicos indicados con RV60 han sido tomados de la *Santa Biblia*, versión Reina-Valera 1960. © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. *Reina-Valera 1960*™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Eib, Lynn.
[When God & cancer meet. Spanish]
Un encuentro entre Dios y el cáncer : historias verídicas de esperanza y sanidad / Lynn Eib ; [traducción al español, Raquel Monsalve].
p. cm.
Includes bibliographical references (p.).
ISBN 978-1-4143-6741-5 (sc)
1. Cancer—Patients—Religious life. 2. Cancer—Religious aspects—Christianity. I. Title.
BV4910.33.E3718 2012
248.8'6196994—dc23 2012006401

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

18 17 16 15 14 13 12
7 6 5 4 3 2 1

Contenido

Reconocimientos ..... *ix*

Introducción ..... *xi*

1. ***Mi historia:*** "Dios, estás cometiendo un error muy grande." 1
2. ***Guy:*** Encuentros cercanos de la clase divina 11
3. ***Susan:*** El temor detrás de la sonrisa 21
4. ***Lynn y Jane:*** Cuando Dios hizo la maniobra de Heimlich 31
5. ***Melissa:*** "No creemos que ella vaya a sobrevivir." 43
6. ***Huberta:*** "La paz inundó mi alma." 51
7. ***Jack:*** "Fue nuestra primera oración juntos." 59
8. ***"Tina":*** Un vaso de agua fría 69
9. ***Alice:*** "Usted es mi mejor amiga." 79
10. ***Lyle:*** El otro "cáncer" 87
11. ***Doris:*** "No es el milagro por el cual oramos." 97
12. ***Peggy:*** "Dios me está devolviendo a mi mamá." 105
13. ***Ruth:*** La mujer del milagro, también conocida como la que abandonó el hospicio 115
14. ***Nicola:*** La dama de los caballos 125
15. ***Cecelia:*** Tanto dolor, tan poco tiempo 135
16. ***"George y Molly":*** "De cualquier forma, ella gana." 145
17. ***"Joe":*** "No puedo decirle lo bien que me siento." 155
18. ***El doctor Marc Hirsh:*** Un médico se encuentra con el Médico por excelencia 165
19. El corazón, la mente y el alma de un sobreviviente de cáncer 175

Notas *189*

Introducción

CUANDO ESTUVE EN EL HOSPITAL, después de mi operación de cáncer, una amiga vino a mi cuarto y me dijo que Dios iba a enseñarme grandes cosas mediante esta prueba. Yo quería sacarme la vía intravenosa del brazo, clavársela a ella y decirle: "Métete tú a la cama y aprende grandes cosas de Dios, porque yo no quiero aprender de esta forma."

Si usted o alguien a quien usted ama ha sido diagnosticado con cáncer, dudo que pueda regocijarse sobre las posibilidades de aprender a través del sufrimiento. No obstante, espero que ore y crea que Dios puede tocarlo. Sin importar quién sea y justo donde se encuentra:

Ya sea recientemente diagnosticado con cáncer y en shock, orando para que se trate de un error.
Enfrentando la cirugía, y esperando que el médico lo pueda extirpar completamente.
Soportando la quimioterapia y la radiación, y anhelando que den resultado.
Sufriendo los análisis y ansiando recibir alguna buena noticia finalmente.
Lidiando con las recurrencias, y suplicando en oración que hayan sido descubiertas a tiempo.
Al final de toda esperanza médica, y rogando por un poquito más de tiempo.

Mientras sostiene la mano de un ser amado, deseando permanecer fuerte por él o por ella.

En cualquier "categoría de cáncer" que se encuentre, este libro ha sido escrito específicamente para usted. Es la clase de libro que hubiera deseado leer cuando fui diagnosticada con cáncer avanzado de colon a la edad de treinta y seis años. Súbitamente fui empujada hacia otro mundo, un mundo que casi no conocía —el mundo del cáncer—, y necesitaba desesperadamente de alguna esperanza y de aliento.

No me malentienda; mucha gente trató de proporcionarme esperanza y aliento. Muchos me dijeron cosas como: "Superarás esto," o "Todo estará bien." Sin embargo, yo solo quería gritarles: "¿Cómo lo sabes? ¡Tú nunca has pasado por esto!"

La primera persona que realmente me proporcionó esperanza fue una mujer llamada Pat, que se me acercó después de mi primer grupo de apoyo para pacientes con cáncer, me abrazó, me acompañó hasta mi auto y me dijo que iba a superar la quimioterapia.

¿Sabe por qué le creí? No fue debido a sus años de experiencia en el campo médico o a décadas de sabiduría. Creí en ella porque tenía una pañoleta de colores brillantes sobre su cabeza, que aún estaba calva como resultado de la quimioterapia. Supe que ella sabía porque lo había experimentado en carne propia.

Pat fue la primera sobreviviente de cáncer que conocí personalmente. Ahora mi vida está llena de sobrevivientes de cáncer porque he pasado todos estos años como facilitadora voluntaria del grupo de apoyo para pacientes con cáncer y como mediadora empleada por el consultorio de mi oncólogo.

He sostenido las manos de cientos de pacientes con cáncer, he escuchado los temores de sus corazones y he visto lo que les proporciona esperanza. Sé que los pacientes con cáncer y los que los apoyan anhelan aliento mientras tratan de encontrar sentido a lo que parece un sufrimiento sin razón. Oro para que este libro le ofrezca tal aliento.

Todas las historias de este libro son verídicas, aunque algunos nombres y detalles han sido alterados para proteger la privacidad de las personas involucradas. Todas las personas en este libro han sido

afectadas por el cáncer. Sin embargo, y más importante aún, creo que Dios ha tocado a cada persona en este libro de forma milagrosa durante su crisis con el cáncer. Algunas veces Dios quitó el cáncer de sus vidas, otras los quitó a ellos del cáncer; pero siempre, siempre, Dios los tocó con su amor divino y satisfizo sus más grandes anhelos.

Oro para que mientras usted lee estas historias experimente la paz, el poder y la presencia de Dios como nunca antes. Oro para que usted crea que puede confiar en Dios para satisfacer sus necesidades más profundas porque usted puede ver su fidelidad en las vidas de estas personas.

Usted puede creer sus historias porque ellos han estado allí.
Usted puede creerme porque yo estuve allí.
Usted puede creer a Dios porque él promete que *estará* allí.

Todas las historias tienen lo que considero un final "feliz," aunque usted podrá derramar un par de lágrimas mientras las lee. Sé cuán importante es el escuchar historias de esperanza cuando se está enfrentando el cáncer. Algunas personas se me acercaban para contarme historias desagradables sobre su tío que tenía el mismo tipo de cáncer que yo y que se "deterioró" o de su abuela "consumida por el dolor." Odiaba escuchar esas historias, pero al principio traté de ser gentil, de escuchar y de sonreír.

Finalmente, decidí que no lo podía soportar más y cuando alguien empezaba una historia de cáncer, lo interrumpía, sonreía y decía: "¿Tiene esta historia un final feliz? Porque si no es así, no quiero escucharla."

Esa respuesta detenía realmente a la gente y yo no tenía que escuchar más historias de cáncer descorazonadoras. Cada historia en este libro está llena de esperanza, aunque no todas las personas que describo fueron curadas (en esta tierra) de su cáncer. Cada persona descubrió lo que él o ella necesitaba para no ser derrotados por el cáncer. Ninguno de ellos enfrentó un final descorazonador, sino que cada uno encontró esperanza ilimitada.

Intencionalmente, elegí escribir sobre personas que enfrentaron circunstancias extraordinariamente difíciles para que si su experiencia

con el cáncer es "menos dura" que la de ellas, usted no dude en que Dios le proporcionará lo que necesita. Si su travesía es tan difícil como la de esas personas . . . entonces, usted no tendrá dudas de que Dios puede darle lo que usted necesita.

Este no es un libro que promete que si usted hace esto o no hace esto otro, sus oraciones serán contestadas en la forma en que usted espera que lo sean. Sé que tales libros existen porque pacientes con cáncer y sus familiares a menudo quieren conversar conmigo cuando determinada fórmula no les funciona.

Este es un libro realista. Es real porque admite que alguna gente es curada del cáncer y otra no. Es real porque reconoce que no hay respuestas fáciles frente a lo injusto de la vida. Es real porque no finge que su fe en Dios mantendrá alejados los tiempos difíciles.

También es real porque muestra a gente real que cree en un Dios real en la vida real, que ha encontrado paz real, esperanza real, fortaleza real y aliento real.

Es real porque muestra lo que puede ocurrir cuando se produce un encuentro entre Dios y el cáncer.

Si usted no quiere ser derrotado por el cáncer —sin importar lo que le haga o lo que le haya hecho a usted o a su ser amado—, este libro es para usted.

Odio el término *víctima del cáncer*. En cierta forma implica que el cáncer es victorioso. El cáncer gana; nosotros perdemos. Esa no ha sido mi experiencia con los pacientes con cáncer. Aunque podemos hacer muy poco para decidir si adquirimos o no el cáncer, podemos hacer mucho para elegir si nos convertimos o no en sus víctimas. No me refiero solamente a si vivimos o morimos. Me refiero a cómo nos afecta el cáncer en lo más profundo de nuestro ser. Creo que el cáncer no puede conquistar nuestro espíritu a menos que elijamos ser sus víctimas.

Cuando me diagnosticaron con cáncer, yo había conocido personalmente a solo dos personas con cáncer. Ahora, como mediadora de pacientes para mi oncólogo —al cuidado de las necesidades emocionales y espirituales de sus pacientes con cáncer y de las personas que velan por ellos—, conozco a cientos, muchos de los cuales considero amigos personales, que se encuentran luchando contra

esta terrible enfermedad. (Mientras escribo, acabo de conocer a mi paciente número mil, recientemente diagnosticado con cáncer en nuestro consultorio, la semana pasada.)

He visto en mi propia vida y en la de ellos que nada, incluso conquistar el cáncer, es imposible con Dios. He visto cómo Dios ha tomado la peor tragedia de mi vida y la ha convertido en mi mayor triunfo.

Aunque usted piense que es imposible para Dios convertir su prueba del cáncer en un triunfo, oro para que usted siga leyendo este libro. No es un libro de consejos para pacientes con cáncer y las personas que los atienden. Si usted está como yo lo estaba, ya debe estar recibiendo demasiados consejos de mucha gente bien intencionada.

No me gusta dar consejos a la gente con cáncer, aunque es parte de mi trabajo el ayudarlos. Mi objetivo de cada día es amar a la gente con cáncer y acercarla a Dios, él único que puede verdaderamente suplir sus necesidades. Jamás le sugeriría que Dios va a actuar en su vida exactamente como lo hizo en la mía o en cualquiera de las vidas de otras personas en este libro. Él es demasiado grande para ser limitado de tal forma, pero el actuará en su vida . . . en su perfecto tiempo y forma.

Me gustaría que pudiéramos reunirnos para tomar una taza de café o de té, mientras escucho su historia, oro con usted y dejo que Dios haga el resto. Sin embargo, ya que esta conversación de un solo lado es lo mejor que se puede hacer por el momento, tome su taza de café o de té, lea estas historias y deje que Dios haga el resto.

~*Mi historia*

"Dios, estás cometiendo un error muy grande."

SI USTED ME HUBIERA visto aquella mañana a fines del mes de junio de 1990, hubiera pensado que yo era el vivo retrato de una persona muy saludable. Vestida de amarillo pálido, con mi cabello castaño que me llegaba hasta la cintura y que brillaba en el sol del verano, y con mi sonrisa que rebosaba la profunda felicidad que sentía, estaba segura de que la colonoscopía iba a confirmar solo un diagnóstico de colitis ulcerativa.

Después de todo, solo tenía treinta y seis años de edad, y no fumaba ni bebía. Había sido disciplinada ejercitándome en forma constante por varios años y era fanática de las comidas saludables. Había atribuido la sangre que vi en mis heces de vez en cuando a una hemorroide previa, resultado del embarazo, y de la irregularidad ocasional de mis evacuaciones por algo que había comido.

Sin embargo, cuando el gastroenterólogo se paró al lado de mi camilla en la sala de cirugía ambulatoria con el resultado del procedimiento, tanto mi esposo, Ralph, como yo supimos inmediatamente que algo no estaba bien.

—Encontramos un tumor —dijo simplemente.

Con esas tres palabras, el mundo se me vino abajo. Hubo una pausa que pareció eterna en la que nadie habló y nadie miró a otra persona.

—¿Cree que es cáncer? —solté finalmente.

El doctor asintió con la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Todavía puedo ver el rostro pálido de Ralph mientras estaba parado al pie de la camilla del hospital. Esta era su peor pesadilla vuelta a revivir. Hacía unos veinte años, cuando Ralph recién se había casado, un médico le había diagnosticado a su primera esposa la enfermedad esclerosis lateral amiotrófica (conocida como la enfermedad de Lou Gehrig), que es incurable.

"¡No!" grité una y otra vez, como si de alguna forma la fuerza de mis palabras pudiera hacer que esa pesadilla no fuera verdad. Sollocé y sollocé, hasta que me hiperventilé. El médico le hizo señas a la enfermera para que me administrara más sedativos intravenosos. Yo pensaba en que las enfermeras irían a sus hogares esa noche y les hablarían a sus familias sobre la paciente que perdió los estribos ese día.

No obstante, en realidad no me importaba lo que ellas pudieran pensar. Después de todo, yo era la que tenía cáncer y llorar era la única forma en que podía expresar mis sentimientos en ese momento: por mí, por nuestras tres hijas y por mi esposo. Aunque, como periodista, las palabras son mi fuerte, no había palabra alguna que pudiera capturar ese momento. Totalmente *agobiada* y *devastada* eran palabras muy suaves. Era como si alguien me hubiera pegado con un ladrillo entre los ojos y yo temiera reaccionar por miedo a que me golpearan de nuevo.

Nunca había pensado en el cáncer. Nadie en mi familia cercana y ninguno de nuestros muchos parientes no tan cercanos había luchado contra esa terrible enfermedad. Algunas de mis amigas parecían estar constantemente preocupadas por la posibilidad de enfermarse de cáncer, incluyendo a una de ellas que me llamaba a menudo para contarme la historia del "bulto del mes."

Sin embargo, yo no. Yo estaba segura de que eso no me iba a pasar a mí. *Las personas que tienen cáncer se ven enfermas, o por lo menos se sienten enfermas, ¿no es así?* Además, después de todo lo que Ralph

había sufrido en el pasado, ¿podía una enfermedad tan seria atacar a su otra esposa? La ley de las probabilidades decía que no. ¿No es verdad?

—¿Tiene un cirujano? —me preguntó el gastroenterólogo.

—No —le dije entre dientes. *¿Tiene la gente cirujanos de la misma forma en que tiene peluqueros?*—. No, solo he estado en el hospital cuando tuve a mis hijas.

Él me dijo que haría los arreglos para que yo consultara a un cirujano.

El viaje de media hora en automóvil hasta nuestro hogar fue el más largo y silencioso de nuestros dieciséis años de casados. Mi esposo no podría haber dicho nada que me hiciera sentir mejor, a menos que me hubiera dicho que todo había sido un terrible error y que el diagnóstico estaba equivocado.

Cinco días después, un cirujano me operó; extirpó el tumor y una parte del colon. Me dijeron que si el cáncer había sido descubierto en su etapa inicial, se me consideraría sanada y no requeriría ningún otro tratamiento; pero que si se había extendido a los nódulos linfáticos o más allá, tendría, en el mejor de los casos, 50 por ciento de posibilidades de sobrevivir con ayuda de la quimioterapia y/o de la radiación.

Le rogué a Dios que mi caso fuera la primera posibilidad. En forma interminable le expliqué por qué eso sería mucho mejor.

Tres días después, a las 7:00 de la mañana, el cirujano y el médico interno me trajeron el informe patológico. Me di cuenta por la forma en la que actuaban de que las noticias no eran buenas. Estaban de pie, apoyados en la pared de la sala que estaba al pie de mi cama, tan lejos de mí como podrían estar, pero aún dentro de la misma sala.

"Encontramos cáncer en cinco de los veinte nódulos linfáticos," explicó el cirujano con tono impersonal. "Usted va a necesitar quimioterapia y radiación."

Lloré otra vez, pero nadie se acercó a mí para consolarme.

"¿Conoce a alguien que haya recibido quimioterapia?" me preguntó el médico tratando de buscar palabras para continuar la conversación.

Asentí con la cabeza, recordando a una jovencita de catorce años de edad que había muerto de cáncer a los huesos y a una joven madre

que había muerto de un tumor cerebral. Las imágenes de ellas me inundaron la mente. Otra vez me hiperventilé.

Aun así, ninguno de los médicos se acercó a mí, sino que el cirujano llamó a una enfermera para que me ayudara a respirar en una pequeña bolsa de papel. Cómo hubiera querido que por lo menos el médico me hubiera tomado la mano por un instante, o que me hubiera dado unas palmaditas en el hombro y me hubiera dicho que esa no era una sentencia de muerte automática.

"¿Quiere que llame a su esposo?" me preguntó el médico que todavía estaba al pie de mi cama. Asentí con la cabeza entre sollozos, tratando de respirar en la pequeña bolsa de papel.

Sentí un miedo horrible. Necesitaba a Ralph desesperadamente, pero por cualquiera que haya sido la razón, el cirujano no lo llamó. Así que por tres horas estuve acostada en esa sala pensando en cómo me sentiría cuando me pusieran la quimioterapia en forma intravenosa. Tuve una pequeña conversación conmigo misma mientras trataba de controlar el llanto.

Trata de calmarte, le dijo mi cabeza a mi corazón. *¿A qué le tienes tanto miedo? ¿A sentir náuseas y a vomitar? Estuviste enferma noche y día durante seis meses las tres veces en que estuviste embarazada. ¿A las ampollas en la boca? Has tenido ampollas en la boca antes. ¿A las agujas? Tú no les tienes miedo. ¿A perder el cabello? Te va a volver a crecer. No seas tan vanidosa*, me decía el cerebro como si fuera algo natural, pero el corazón no lo creía. Lloré más intensamente mientras me acariciaba el cabello que no quería perder.

Sí, eso es a lo que le tengo miedo, admití. *No quiero que mi esposo y mis hijas me vean enferma. No puedo imaginar ver que se me cae el cabello.* No me gustó la vanidad de mis sentimientos, pero así es como me sentí.

Finalmente, a las 10:00 de la mañana llamé a Ralph. Temblaba tanto que mi voz era apenas audible y él me pedía una y otra vez que le repitiera lo que le estaba diciendo.

"Es malo," le dije. "Te necesito ahora mismo."

No pude lograr que mis labios pronunciaran la palabra *quimioterapia*. El temor de enfrentarla era peor para mí que el shock inicial de saber que tenía cáncer.

Ralph llegó muy pronto. Cerca del mediodía el cirujano entró a la sala y me dijo que había tratado de llamar a mi esposo, pero que nadie había contestado el teléfono. "A propósito," agregó él, "¿le mencioné que no se le va a caer el cabello con la quimioterapia?"

Yo no supe si darle un abrazo o una bofetada.

Ya fuera que me quedara calva o no, esta pesadilla no iba a desaparecer. Me consumieron los pensamientos de morir. Casi todas las preguntas personales me hacían llorar, especialmente las que me recordaban a nuestras hijas, que entonces tenían ocho, diez y doce años de edad. *¿Las veré crecer? ¿Cómo se las van a arreglar sin mí?*

Acostada en aquella cama, tuve mucho tiempo para hablar con Dios, quien yo creía que había cometido un gran error en mi vida, y se lo dije bien claro. Yo conocía la promesa de la Biblia en Romanos 8:28 que dice: "Sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de los que lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos," pero también sabía que esa promesa a veces toma un tiempo para cumplirse y yo no estaba interesada en esperar tanto. Le dije a Dios que yo no quería que hiciera algo bueno de la pesadilla que se estaba desarrollando delante de mis ojos. En cambio, quería que la quitara de mi vida.

"Estás cometiendo un error muy grande," le dije furiosa. "No hay absolutamente nada que tú puedas hacer para compensar por esto, porque es demasiado terrible. Tampoco creas que vas a ayudarme a superar esto de alguna manera para que yo vaya a ministrar a pacientes con cáncer, porque ¡no lo voy a hacer!"

Creo que tal vez él se haya sonreído conmigo como lo hace una madre con un niño rebelde, a la hora de acostarse.

Tres semanas después de la operación, comencé la quimioterapia con el doctor Marc Hirsh, que es oncólogo en la ciudad de Hanover, Pennsylvania. Yo había conocido al doctor Hirsh el verano pasado cuando visitó la iglesia que pastorea mi esposo. Recientemente, nos habíamos contactado de nuevo cuando yo escribí un artículo para el periódico local sobre un nuevo grupo de apoyo para pacientes con cáncer en el hospital. Yo sabía que él era judío mesiánico, es decir, un judío que cree en Jesús (Yeshua) como el Mesías prometido.

Yo quería al doctor Hirsh y a su fe en mi grupo de curación. No

tenía idea de que algún día iría a trabajar en su equipo de sanidad . . . pero me estoy adelantando a mi historia.

Nunca había tenido problema con las agujas de las inyecciones, pero las agujas que se usan en la quimioterapia son otro cantar. Las venas se me movían y la enfermera las buscaba con la aguja dentro de mi brazo. Me sentía enferma aun antes de que comenzaran a darme el tratamiento. La combinación de medicamentos que me daban no era tan tóxica como la mayoría de los tratamientos de quimioterapia. Me dijeron que por lo general pasaban semanas antes de que los pacientes sintieran los efectos secundarios.

Sin embargo, eso no fue cierto conmigo.

Me sentí enferma desde el principio, pero el medicamento para las náuseas me daba tanto sueño que yo no podía funcionar, por lo que elegí no tomarlo y sentirme enferma. (Gracias a Dios, ¡ahora hay medicamentos para las náuseas que no causan somnolencia!)

Me salieron ampollas en la boca.
Sentía una fatiga terrible.
No le sentía el gusto a ninguna comida.
Perdí nueve kilos.

Incluso el agua me daba náuseas y el aire de afuera olía tan mal a veces que me tenía que tapar la nariz en cuanto salía de la casa.

Además de todo eso, era alérgica al medicamento principal. Constantemente me destilaba la nariz y los ojos me lloraban muchísimo. (La quimioterapia me dejó cicatrices tan severas en los conductos lacrimales que hasta el día de hoy mi ojo derecho continúa lagrimeando a pesar de las dos operaciones que me hicieron para corregir el problema.)

Las palmas de las manos y las plantas de los pies se me pusieron rojas como el fuego y sentía como si se me estuvieran quemando.

Las coyunturas se me hincharon tanto que apenas podía doblar los dedos y algunos días tenía que caminar apoyándome en el costado de los pies.

Tres veces se me despellejaron los pies.

Experimenté casi todas las secuelas que se pueden experimentar

con la quimioterapia. Durante todo ese tiempo, supe que cientos de personas en dieciséis estados de la nación estaban orando por mí. Entonces me pareció lógico, por lo menos para mi emotividad, preguntarle a Dios *por qué* todo eso era tan difícil.

"¿Por qué las cosas no me resultan más fáciles?" clamé. "¿Sería demasiado pedirte que me permitieras sentir normal por solo un par de horas?" No obstante, el cielo guardó silencio.

En aquella época, el tratamiento para el cáncer de colon se realizaba una vez por semana durante un año (con un descanso después de algunas semanas de tratamiento). A los cinco meses de comenzar el tratamiento, yo estaba conduciendo mi automóvil para ir a la oficina de mi oncólogo mientras hablaba con Dios.

"No puedo resistir más esto," le dije. (Pensé que puesto que Dios conocía mis pensamientos, me haría bien expresarlos en voz alta y desahogarme de esa forma.)

"He estado orando y mucha gente ha estado orando para que esto me resulte más fácil, pero cada vez se pone peor. No soy alguien que desista con facilidad, así que seguiré adelante, pero no sé si voy a poder soportar otros siete meses más," dije mientras lágrimas saladas me corrían por las mejillas.

Cuando llegué a la oficina del doctor aquel día, él me examinó las manos y los pies y me dijo: "No creo que pueda soportar mucho más de esto. Vamos a continuar por un mes más. Creo que si la quimioterapia va a dar resultado, ya ha tenido tiempo suficiente para hacerlo. Además, creo que los estudios finalmente mostrarán que seis meses con este tratamiento es suficiente." (Él tuvo razón. El tratamiento regular para el cáncer de colon ahora es de solo seis meses.) Así que continué y terminé la quimioterapia en el mes de febrero de 1991.

Cuando regresé en mayo para mi primera visita después del tratamiento, yo era la única persona en la sala de quimioterapia que no estaba allí para recibir tratamiento aquel día. Sabía que debía sentirme feliz por haber terminado el tratamiento, pero no fue así. Mientras miraba alrededor de la sala a las personas sentadas en los sillones reclinables, conectadas a aparatos con bolsas de soluciones salinas, me sobrecogió la tristeza. Algunas de ellas se veían muy delgadas y enfermas, y otras se veían muy cansadas y con temor. Comencé a llorar.

Quería quitarles el dolor, pero no podía.
Quería darles paz, pero no podía.

Entonces Dios me habló al corazón: "Pero tú conoces a Quien puede hacerlo y les puedes hablar acerca de mí."

"Pero yo solo quiero dejar todo esto en el pasado y continuar con mi vida," argumenté. "Además, no quiero estar todo el tiempo con personas que tienen cáncer. Va a ser deprimente, se van a morir y yo no lo voy a poder soportar. No lo voy a hacer."

Unas semanas después, sin embargo, se me ocurrió una idea que le agradaría a Dios *y* a mí: comenzaría un grupo de apoyo para pacientes con cáncer y ¡Dios me tendría que dejar vivir porque todas las personas de ese grupo me necesitarían!

Sin embargo, a medida que pasaba tiempo cada día orándole a Dios, él me recordó que no juega el juego llamado "Hagamos un trato." Él quería que yo me involucrara, sin garantías.

Si alguna vez sintió que Dios quería que hiciera algo, pero usted no estaba dispuesto a hacerlo, es probable que sepa que no sintió paz alguna hasta que dijo sí.

Finalmente, como un niño quejumbroso, cedí: "Lo voy a hacer, pero no me va a gustar," le dije, olvidándome en forma temporal que mi preocupación principal era obedecer y que él se haría cargo del resto.

Comencé el grupo de oración y apoyo para pacientes con cáncer en octubre de 1991 con cuatro personas. Mi intención era celebrar una reunión de una hora, una vez al mes. *Eso no será muy deprimente*, pensé.

No obstante, casi inmediatamente pude ver que la gente que venía al grupo necesitaba más apoyo del que estaba recibiendo. No solo eso, sino que me di cuenta de que en realidad yo me sentía *mejor*, y no peor, después de las reuniones. Así que comenzamos a reunirnos dos veces al mes y lo hemos estado haciendo desde entonces. ¿A que no adivina qué comenzó a ser una fuente de gozo en mi vida? El grupo de apoyo. A medida que pasaban los meses, comencé a orar en secreto para dejar mi trabajo y trabajar a tiempo completo como voluntaria con pacientes enfermos de cáncer.

En julio de 1995, en el quinto aniversario de mi operación de cáncer, compartí con nuestra congregación la forma en que Dios me

había bendecido a través de mi experiencia con el cáncer: a través de mis amigos en el grupo de apoyo y también de Marc Hirsh y su esposa, Elizabeth, quienes se habían hecho muy buenos amigos y compañeros de oración de mi esposo y míos.

Terminé con esta frase: "Algún día espero dejar mi trabajo y ministrar a tiempo completo, compartiendo la paz y el amor de Dios a los pacientes con cáncer."

Yo sabía que era un deseo poco realista: no había forma de que financieramente yo pudiera dejar mi empleo y dedicarme a trabajar en forma voluntaria, pero en menos de un año, mi oración se hizo realidad cuando Marc nos pidió a Ralph y a mí que nos reuniéramos con él. Nos dijo que había estado orando por algo y que sentía que era el momento adecuado para preguntarnos.

—¿Le gustaría unirse a nuestro personal de la clínica, ministrando a las necesidades espirituales y emocionales de nuestros pacientes con cáncer y de sus familias? —me dijo—. Le pagaré lo mismo que está ganando en su trabajo actual.

Yo traté de sonar muy espiritual.

—Voy a orar sobre esto —le dije.

Sin embargo, Ralph me miró con incredulidad y dijo:

—Has estado orando sobre esto por un año. ¡Di que sí!

Así que, desde el primero de mayo de 1996, tengo un trabajo en el cual escucho las esperanzas y los temores de los pacientes, y oro pidiendo que Dios los sane física, emocional y espiritualmente. Le pido a Dios que bendiga a cada uno de ellos y sé que él lo hará. Yo veo al cáncer —o a cualquier otra enfermedad o prueba— como un pozo muy profundo, pero creo que el amor de Dios es aún mucho más profundo. Lo creo por mi propia experiencia con el cáncer y no a pesar de ella, y la razón por la cual lo creo es que Dios ha transformado esa experiencia de sufrimiento en una bendición para otras personas.

El año anterior a esa nueva oferta de trabajo, yo había estado meditando en el versículo bíblico que se encuentra en Efesios 3:20 que dice que nuestro Dios "puede lograr mucho más de lo que pudiéramos pedir o incluso imaginar mediante su gran poder, que actúa en nosotros."

No tengo duda alguna de que Dios ha hecho mucho más en mi

vida de lo que yo pudiera pedir o imaginar y sé que Dios también lo puede hacer en su vida.

¿Creo que Dios le va a dar a usted un trabajo como intercesor de los pacientes en la clínica de su oncólogo? Probablemente no.

¿Creo que Dios es capaz de hacer algo igual de sorprendente en su vida? Lo creo de todo corazón.

No le puedo decir cómo, cuándo o dónde le traerá Dios una bendición a través de su prueba o sufrimiento, pero le puedo decir por qué, y es porque la Palabra de Dios promete que él lo hará. Romanos 8:28 dice: "Sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos."

Dios traerá bendición a través de su prueba porque usted es muy importante para Dios y él se lo quiere demostrar. Tal vez él lo bendiga con sanidad física, o lo puede bendecir sanándolo de algunas heridas emocionales profundas. Tal vez lo bendiga espiritualmente con el gozo de conocerlo como nunca antes. O tal vez él bendiga a otras personas a través de usted de formas que ni siquiera puede imaginar.

Ciertamente, mi bendición del cáncer *no* es la que yo buscaba, pero debido a que Dios me conoce y me ama, él sabía cómo bendecirme.

Dios lo conoce y lo ama. Él puede bendecirlo a través de sus pruebas . . . si usted permite que él elija la bendición.

Tenga ánimo: Dios quiere traer bendición mediante su experiencia con el cáncer; todo lo que usted tiene que hacer es dejar que él decida cuál es la bendición.